

TESTIMONIO DE UN POETA

Eugenio Florit

La última vez que lo vi fue en su casa de Northampton, los días 11 y 12 de noviembre de 1970, pronto hará diez años. Hacía tiempo que teníamos el proyecto de vernos, pues un amigo mío muy estimado, Antonio Serrano de Haro, Consejero Cultural del Consulado General de España en Nueva York, escritor, poeta, autor de un magnífico libro sobre Jorge Manrique, tenía mucho interés en conocer a don Tomás, y éste nos había invitado a su casa. Pero una cita que hicimos en el mes de agosto de aquel año no pudo realizarse porque mi amigo tuvo que hacer un viaje a España, y así quedó la cosa. Sin embargo, yo escribí a don Tomás a principios del propio mes de noviembre, contestándome él con estas letras: Querido Florit: De acuerdo con la fecha del sábado 28. ¡Encantados! Desde luego, le guardaremos el almuercito. Además, venga dispuesto a dormir aquí. Abrazos de los tres. Navarro”.

Ese día llegué como a la una de la tarde, y en la Estación de los autobuses me esperaban Joaquina y él, muy derecho, vestido de gris, con su bastón—ya tenía ciertas dificultades con las piernas—y su buen sombrero de fieltro, también gris. (Más adelante les contaré una historieta relacionada con el sombrero de don Tomás.) Ahora continúo el relato de mi breve y agradable estancia en aquella casa clara, bien arreglada por doña Dolores y por Joaquina, que en la sala de estar tenía una gran ventana por la que se veían árboles y algunas plantas; árboles que según me decía él, “aun conservan parte de sus hojas con los colores del otoño de New England”. Hablamos mucho de los amigos comunes, él siempre con su ritmo medido y claro, con aquel acento tan propio de su tierra manchega y que aún parece resonar en la memoria de mis oídos.

El domingo regresé a Nueva York, proyectando nuevas visitas a aquella acogedora casa. Y pasaron los años, y un día de este último verano me dio Odón Betanzos la triste noticia del fallecimiento de aquel gran hombre sencillo, bueno y tan ilustre, que la Filología española tendrá que volver siempre a sus libros esclarecedores de cualquier punto de lingüística o de versificación, como es su excelente **Métrica española**. Paz a su alma.

Haciendo andar hacia atrás el reloj del tiempo, os diré que a poco de mi llegada definitiva a Nueva York, en el verano de 1940—hace ya, pues, casi cuarenta años—y por mi anterior amistad con Onís y con Amelia y Angel del Río, tuve ocasión de conocer a los Navarro, que entonces vivían en el número 535 oeste,

de la calle 110, entre Broadway y Amsterdam. Allí nos invitaron varias veces a pasar la velada, hasta que en noviembre de 1957 me comunicó don Tomás por escrito que como Joaquina estaba de profesora en Smith College, habían decidido trasladarse a Northampton para vivir cerca de ella, pues como decía, “cada día echábamos más de menos su compañía a medida que Nueva York se nos iba haciendo más dura y pesada”. Ello no nos mantenía incomunicados por mucho tiempo, pues siempre que yo le enviaba alguno de mis libros, don Tomás, con aquella letra segura y menudita como patitas de **chipmunk**, me acusaba recibo. Así me escribió el 19 de marzo de 1957, muy afectuoso, diciéndome que había leído “con deleite” mi ensayo sobre Alfonso Reyes.

Dos años más tarde me felicitaba por mi ascenso a “full professor”, añadiendo que “creo que no hay indiscreción en adelantar una noticia que ya le debe ser “reservadamente” conocida”. Y, al leer el glosario que yo había agregado a la **Literatura hispanoamericana** de nuestro compañero Anderson Imbert y mía, volvió a escribirme el 22 también de noviembre de 1960, haciéndome observaciones sobre dicho “Glosario”; observaciones que, desde luego, fueron tomadas en cuenta al hacerse la segunda edición de ese libro de texto.

Además de esa comunicación por escrito, durante muchos veranos nos veíamos diariamente en las seis semanas que duraba la Escuela de verano de Middlebury College, en Vermont. Los Navarro asistían a nuestras reuniones y funciones de teatro y yo, especialmente, me escurría en sus clases para disfrutar del saber serio y amable del maestro. Hablando del teatro, siempre recordaré una noche en que representábamos un graciosísimo trabajo a propósito escrito por Paco García Lorca y Jorge Mañach, y que sus autores llamaban “farsa”, titulado “Consonancias peligrosas o el triunfo del Hispanismo”. Eso fue el 4 de agosto de 1950. Algunos de los personajes e intérpretes eran: Doña Métrica, Amelia del Río; don Hispánico, Emilio González López; Modernista, Angel del Río, y Ultraísta, Francisco García Lorca.

También hacía un papel Pilar de Madariaga, entre otros amigos más. La obra estaba basada en las pasadas contiendas entre el Modernismo y el Ultraísmo (o vanguardismo) en nuestras literaturas, con algunas bromas muy oportunas sobre los libros de Fonética de Don Tomás, que a él mismo le hacían mucha gracia. Pero donde yo he visto reír con más entusiasmo a Navarro fue en una escena “ad libitum” que hicimos José Manuel Blecua y yo, en nuestros desgraciadamente verdaderos papeles de sordos—Blecua mucho más sordo que yo, desde luego. Entramos a escena a decirnos veinte tonterías, sin entendernos, y con aquello de “¿Vas a

la biblioteca? —No, voy a la biblioteca. —Ah, yo creía que ibas a la biblioteca”, don Tomás se reía que daba gusto verle.

Pero uno de los ratos más memorables de aquellas temporadas sucedió a fines de junio de 1944. Entonces todavía se podía ir en tren a Middlebury, cosa que ya no existe, gracias a Dios, porque aquellos trenes botijos de esos años eran un verdadero martirio. Recuerdo que—por lo menos en aquella vez—sólo tenían un coche con refrigeración, y en él, claro está, nos agrupábamos todos. Ese año nos reunimos en la Grand Central los Navarro y yo—que hacía mi primer viaje a Vermont. Don Tomás se había comprado un sombrero de fieltro gris, nuevecito, como el que llevaba en 1970 para recibirme en Northampton. Y todos se lo celebramos mucho, pues le sentaba muy bien. Subimos al vagón, nos acomodamos, y en eso entra José María Chacón y Calvo, que iba como profesor invitado. Al verse don Tomás y Chacón tuvieron una gran alegría, pues no se habían vuelto a ver desde Madrid, cuando la guerra. Chacón al lado de nuestro querido don Tomás y así estuvieron charlando durante todo el largo viaje, contándose miles de cosas, después de tantos años sin verse. Hay que advertir que Chacón era un hombre grande y muy grueso. Pues bien: llega el momento de apearse en la estación de Middlebury, y don Tomás empieza a buscar su sombrero, que no aparece por ninguna parte. “Señor, ¿dónde lo habré puesto?” Y en eso se levanta Chacón de su asiento y ¡horror!, había colocado toda su enorme humanidad encima del sombrero, que quedó hecho una tortilla de fieltro gris. Recuerdo que yo lo tomé y me puse a recorrer el vagón gritando: ¡miren cómo está el sombrero de don Tomás! Y a todo esto, cuando nuestro amigo recobró su prensa, lo acariciaba cuidadosamente para tratar de darle su primitiva forma, pero sin decir más que, bueno, no tiene importancia. Ya se arreglará. Y el pobre Chacón, rojo como un inmenso tomate, daba excusas y ayudaba a arreglar el sombrero.

Lo que no tiene arreglo, claro está, es la desaparición de don Tomás, no ya en el círculo de nuestras amistades vivas, sino en el más amplio de la Fonética y la Lingüística españolas. Con su muerte ha dejado un inmenso vacío en ese ramo de nuestras letras, como quedan vacíos su sillón en la Real Academia de la Lengua y en nuestra Corporación.